

Alfonso Reyes en *Repertorio Americano*: modelando el alma¹⁵⁰

A Pedro González Olvera

Alberto Enríquez Perea

Investigador sobre América Latina Contemporánea
UNAM, México

Resumen

Don Joaquín García Monge logró consolidar con una estructura basada en la palabra, una serie de redes intelectuales que conformaron una de las revistas más importantes de nuestra América: *Repertorio Americano*. Alfonso Reyes fue uno de los grandes pensadores de origen mexicano que publicó sus ideas en tan reconocida revista; una de las principales características del autor fue su desempeño político en toda nuestra América puesto que participó activamente dentro de esta, lo cual le permitió conocer de manera más cercana la hermandad de algunos de nuestros países vecinos y la problemática que la zona sufría. Este conocimiento le proporcionó escribir con una pulida prosa y un cuidadoso trabajo de fuentes archivísticas, poesías y ensayos que nos permiten conocer parte de ese momento histórico.

Palabras claves: cultura, nuestra América, poesía.

Siempre generoso y magnánimo, un día don Joaquín García Monge invitó a Alfonso Reyes a sus banquetes intelectuales, que se llevaban a cabo en su Atenas costarricense. El escritor mexicano acudió a la cita, puntualmente. Y con ese don de gentes que tenían estos dos hombres de América, los banquetes los transformaron en auténticos festines culturales. El

resultado de estas convivencias fue muy satisfactorio para los dos. Para el escritor mexicano, bajo el sello de *El Convivio*, salió una de sus obras más trascendentales y también para la lengua española, *Visión de Anáhuac* (1917). Para el Benemérito García Monge, el entonces joven escritor mexicano que vivía en Madrid fue un puente, un mediador, un auténtico gestor

150 Agradezco una vez más a la maestra Alicia Reyes por proporcionarme copias de la correspondencia de su abuelo, don Alfonso, con don Joaquín García Monge; y a su eficaz archivero, Eduardo Mejía. Asimismo, a Ana Luisa Domínguez Olivo, Jefa de Servicios al Público, Capilla Alfonsina, Biblioteca Universitaria, Universidad Autónoma de Nuevo León, por los envíos que me hizo de algunos artículos que publicó Reyes en *Repertorio Americano*. *Semanario de Cultura Hispánica*.

cultural en España. Lo puso en contacto con intelectuales españoles y americanos, logró intercambiar sus publicaciones con revistas y librerías españolas, consiguió que algunos autores pusieran en sus manos los manuscritos de sus obras y buscó los libros que tanto deseaba tener. De esta mediación se enriqueció aquella colección y al salir a la luz algunos de estos volúmenes iban acompañados de notas, alguna paginita o fragmento de una carta de Alfonso Reyes. Los nombres de algunos de estos autores nos dan fe de los gustos literarios de los dos humanistas americanos e intereses compartidos: Eugenio d'Ors, *Aprendizaje y heroísmo* (1916), Federico de Onís, *Disciplina y rebeldía* (1917)¹⁵¹,

151 La página preliminar que Reyes escribió para el libro de d'Ors pasó más tarde a *Cartones de Madrid*, cartón VIII, intitulado "Estado de ánimo", que dice: "En la Residencia de Estudiantes se dan conferencias para los jóvenes. Una vez, Eugenio d'Ors les aconsejaba (*Aprendizaje y heroísmo*, 1914) el amor a la propia obra, al trabajo que nos ha tocado cumplir, y definía con estas palabras la aspiración de la joven España: queremos formar una aristocracia de la conducta. Poner orden en la acción y en el entendimiento parece ser la nueva divisa. Otra vez, Zulueta explicaba el sentido del heroísmo, en alocuciones líricas e ingeniosas. Otra vez, Federico de Onís (*Disciplina y rebeldía*, 1915) expuso –recordando a nuestro Rodó– sus experiencias y meditaciones sobre ese minuto sagrado en que escoge la juventud sus caminos. Y habló de las crisis de las edades humanas, que ya preocuparon a Gracián.

Nada hay más castizo que la predicación ética. En España, la moral y la mística se amansan y se vuelven caseras. Libro representativo es *La perfecta casada* de Fr. Luis de León, y también el de Ramón y Cajal sobre los métodos de la investigación biológica, donde los consejos casi técnicos alternan con los paternales, y tras de hablar de una ley científica se hablan de la elección de mujer. ¿Dónde, sino aquí, se pueden dar libros semejantes? ¿Imagina el lector a un sabio francés tratando de tales cosas el día de su recepción académica? Baroja opina que esta ruina de ideas morales es producto de las mesetas.

–No lejos de Madrid –asegura– he hallado a dos pobres hombres de bordón, chaqueta y chambergo, discutiendo sobre el libre albedrío en plena llanura de Castilla.

Julio Torri, *Ensayos y fantasías* (1918); y, Pedro Henríquez Ureña, *Antología de la versificación rítmica* (1918). A tal grado valoraba esta aportación mexicana que en cierta ocasión don Joaquín dijo: si El Convivio tuviera algún día su historia, el nombre de Reyes iría hermanado a él. (Carta de Joaquín García Monge a Alfonso Reyes. San José de Costa Rica, 24 de abril de 1920, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 964.)

1919 fue un año esencial y fundamental en la vida de García Monge. La dictadura lo obligó a salir de Costa Rica y su estancia en Nueva York fue una "aventura casi disparatada". Aquí no encontró trabajo sino amargura. Lección dura, de la que nunca se arrepintió; porque las dificultades, educan. Le quedó una moraleja que se las dijo a sus coterráneos: "quien quiera emigrar a los Estados Unidos, que antes lo piense noventa noches consecutivas"¹⁵² (Herrera: 2008). Volvió pues a su tierra, a su solar, con los suyos, a trabajar incansablemente, como siempre lo había hecho.

El 1° de septiembre de 1919 nació *Repertorio Americano* y el feliz alumbramiento lo compartió con sus amigos, entre ellos, Alfonso Reyes. Era un trabajo más, pero

–Pasa por nosotros un hábito de vida franciscana –me decía, hace un año, Ortega y Gasset. *Obras completas de Alfonso Reyes. II. Visión de Anáhuac. Las vísperas de España. Calendario*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956: 65. [Letras mexicanas].

152 Fernando Herrera. *El exilio de Don Joaquín*, en *Áncora*, suplemento de La Nación, Costa Rica, domingo 19 de octubre de 2008; *Lo que cuenta García Monge*. Entrevista con el Diario de Costa Rica, 22 de junio de 1919, en *Áncora*, suplemento de La Nación, Costa Rica, domingo 19 de octubre de 2008. Los dos textos en www.nación.com/áncora.

no cualquiera ni el único que tendría en este año de 1919, pues se hizo cargo el día tres del mismo mes de la Secretaría de Instrucción Pública¹⁵³, y al mismo tiempo cuidaba las ediciones de *Mi hermano menor*, *De la amistad y del diálogo*, *Evangeline*, de Longfellow, traducción de Merchánt. Y el incansable maestro ya tenía planes para el siguiente año, fundar un quincenario “interesado en las cosas de las cuatro Españas”.

De todas estas empresas culturales le daba cuenta a su amigo Alfonso Reyes y aprovechaba para decirle que siguiera colaborando con él. Sin embargo, así como para don Joaquín 1919 fue un año importante en su vida, para don Alfonso lo fue 1920. Regresaba a la diplomacia; sin dejar la pluma. A partir de esta fecha también la correspondencia, los envíos de recortes periodísticos y libros se fueron haciendo lejanos no así los recuerdos ni los compromisos intelectuales, ni la vieja y firme amistad que se tenían, como es la amistad que se cultiva entre mexicanos y costarricenses. Don Joaquín muy bien entendía esta nueva situación y también comprendía por qué entregaba “muy poquito”, a una que otra revista del Sur o de México o La Habana”. Pero, para *Repertorio Americano*, ¿no podía darle algo de ese poquito?

García Monge, además, le explicó a Reyes por qué debería colaborar en su nueva revista. Y lo que dijo a continuación fue porque lo conocía muy bien; porque había

estudiado su obra serena y provechosamente; porque sabía de sobra lo que estaba haciendo: una labor creadora, edificante, singular, estéticamente, bella. Por todo ello don Joaquín escribió:

Usted, al margen de las luchas, daría en el *Repertorio* una nota clara, serena. La índole de sus estudios dulcificaría muchas páginas del *Repertorio* en donde a veces la protesta está encendida. Yo tengo una viva simpatía por sus escritos y sé de muchos que también lo leen con gusto y provecho. Pero debería entregar algo más al público. En el *Repertorio* lo leerían miles de personas, gente nueva de América sobre todo. Y usted debería ser uno de los modeladores de esa alma nueva; le daría claridad, equilibrio, sobriedad, belleza. ¿Por qué no me manda una que otra paginita de cuando en cuándo? (Carta de Joaquín García Monge a Alfonso Reyes. Abril 6, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 964.)

Reyes le envió más de una colaboración a *Repertorio Americano* como lo podemos apreciar en los índices de los tomos del semanario que cubren casi cuatro décadas (1919-1958); e igualmente nos podemos acercar y valorar lo publicado por el escritor y diplomático mexicano. De acuerdo con lo encontrado hay varios momentos, intereses y preocupaciones de don Alfonso: la poesía, la labor diplomática, la imagen y el destino de América, la solidaridad con la República Española, las notas y

153 Cf., sobre la etapa de García Monge como Secretario de Educación Pública el libro de Fernando Herrera, (2007) *Intruso en casa propia. Joaquín García Monge. Su biografía*, San José, Editorial Universidad de Costa Rica: 129 y ss.

estudios sobre filosofía, sociología e historia, los trabajos helenistas y las sentidas despedidas a sus amigos fallecidos.

Para cada uno de estos temas o momentos encontramos artículos y ensayos que Reyes no siempre envió a *Repertorio Americano* sino que los recogió don Joaquín, que no dejaba pasar las valiosas colaboraciones de su amigo que se publicaban en las más importantes revistas del continente americano. Colaboraciones que se deberían conocer en su tierra y en los cercanos y más apartados rincones de la gran patria americana. Las fuentes de donde tomaba estos trabajos los señalaba celosamente y ello da cuenta de que su mirada estaba puesta en todos los talleres e imprentas en donde resplandecía el pensamiento americano. Este trabajo metódico y creador de García Monge es otro de sus rasgos esenciales. Era de los intelectuales más cuidadoso de nuestro continente que estaba atento a todas las manifestaciones del espíritu americano. Y gracias a este cuidado y a esta pasión podemos una vez más valorar la obra de Alfonso Reyes en *Repertorio Americano*.

I. La poesía

Como ha quedado dicho en estas páginas, las vidas de Joaquín García Monge y de Alfonso Reyes, entre 1919 y 1920, tomaron nuevos rumbos. No se escribían como antes, pero crearon redes intelectuales que les permitía saber qué hacían y dónde se encontraban, qué labores estaban emprendiendo y qué y cuándo publicaban. Y don Joaquín que estaba interesado que la obra de Reyes se conociera más y difundiera mejor, daba cuenta en su *Repertorio Ame-*

ricano de las actividades y de las publicaciones de su amigo mexicano.

Así pues, la revista de don Joaquín dio a conocer fragmentos de una de sus obras poéticas más reveladoras, *Ifigenia cruel*, (1923), así como una selección de su poesía, intitulada “Página lírica de Alfonso Reyes”, aprovechando la aparición de *Pausa*, edición parisina, 1925. De esta selección hay un poema que lleva como título “Glosa de mi tierra”, escrito en 1917. Entre este poema e *Ifigenia cruel* hay una comunión, un estado de ánimo, revelaciones de su espíritu. Para entender y comprender mejor esta etapa de la poética y vida de don Alfonso falta “El descastado”, escrito en el Guadarrama, en 1916. ¿Qué le había sucedido a Reyes para escribir estos poemas?

El 13 de febrero de 1913, murió su padre, el general Bernardo Reyes, al querer tomar por asalto el Palacio Nacional. Meses después, obligado por las circunstancias, salió de México a Francia, como tercer secretario. Aquí se puso en contacto con intelectuales de la talla del gongorista Foulché Delbosc. Llegó el despido intempestivo porque otros revolucionarios se habían hecho de la situación y gobernaban ahora a México. Marchó hacia el sur, hacia España. Llegó a este país en el otoño de 1914, a vivir para las letras, en pobreza, pero con libertad. Fueron años difíciles, muy duros, con momentos perturbadores, en donde al recordar a la patria, lo hizo escribir,

*La Necesidad, maestro de los herreros,
madre de las rejas carcelarias y de
los barrotes de las puertas;*

*tan bestial como la coz del asno en
la cara fresca de la
molinera,
y tan majestuosa como el cielo*¹⁵⁴.
(Reyes, 1959: 71)

Y sin embargo, muy pronto escribió estos versos sobre su ciudad natal, Monterrey, que nos dicen que no olvidaba su tierra que lo vio nacer, crecer, jugar, amar, contemplar el cielo y admirar las flores. Tierra a la que siempre se querrá, a pesar de todo:

*Amapolita dorada
del valle donde nací:
si no estás enamorada,
enamórate de mí*¹⁵⁵.
(Reyes, 1959: 74)

Faltaba la catarsis. La tragedia no se olvidaba. Nunca lo olvidó. ¿Cómo la iba a olvidar? Cada 9 de febrero el recuerdo de la muerte del padre lo turbaba. Joven o viejo, presente o ausente, siempre recordó al hombre que fue para él un Atlas. Pero ahora que estaba en Madrid, las lecturas juveniles de sus clásicos griegos le despejaron el camino y entonces escribió:

*Porque un día, al despegar los párpados,
me eché a llorar, sintiendo que vivía,
y comenzó este miedo largo,
este alentar de un animal ajeno*

154 Obras completas de Alfonso Reyes. (1959) *X Constancia poética*, México, Fondo de Cultura Económica: 71. [Letras mexicanas].

155 Obras completas de Alfonso Reyes. (1959) *X Constancia poética*, cit., p. 74; y, *Página Lírica de Alfonso Reyes*, en *Repertorio Americano*. Semanario de Cultura Hispánica, San José, Costa Rica, tomo XIII, número 13, sábado 2 de octubre, 1926: 204.

*entre un bosque, un templo y el
mar*¹⁵⁶.

Por otra parte, en *Repertorio Americano* encontraremos unas coplas de tipo político intituladas “No puede ser”. Llamaron la atención en su tiempo y en el nuestro. Muchos preguntaron quién era el autor, pues el editor sólo dijo que de París se lo enviaron y no sabían quién era el que las escribió. Tampoco trajo título, el que lleva, los editores se lo pusieron. Se publicó el 26 de febrero de 1927. Los bien logrados versos de esta copla eran una protesta contra cierto intervencionismo en nuestra América:

Que Kellogg el “pacifista”
sea muy largo de vista,
bien puede ser;
mas que América no entienda
que aquella paz es contienda,
no puede ser.
Que a Díaz, por ser infante,
le den tutor Almirante,
bien puede ser;
mas que Sacassa el adulto
no lo tome como insulto,
no puede ser.

Cuarenta y seis años después, don Eugenio García Carrillo, en un artículo publicado en la revista *Capilla Alfonsina* e intitulado “Día de Reyes”, recordaba una carta que don Alfonso le envió a su padre, 2 de septiembre de 1953, y que le hizo esta confidencia: “Por 1927, recibió usted de París, y las reprodujo en su *Repertorio*, ciertas coplas políticas que comenzaban:

156 Obras completas de Alfonso Reyes. (1959) *X Constancia poética*, cit: 317.

‘Que de México la fragua’ y que tenían por estribillo: ‘Bien puede ser - no puede ser’. Tengo la impresión de que las atribuyó a todos menos a su verdadero autor que soy yo. Recordará usted que se imprimieron en un plieguecito en París. Cuidó de la impresión el Abate de Mendoza”. Don Eugenio, por su parte, añadió a esta información proporcionada por Reyes: por aquellos “días gobernaba en Estados Unidos Coolidge y en México Calles. En Nicaragua Adolfo Díaz pedía a gritos la intervención americana”. (García, 1973: 4-5)

Pues bien, tuvieron que pasar algunos años para que la poesía de Alfonso Reyes apareciera nuevamente en *Repertorio Americano*. Hay un poema que vale la pena reproducir aunque sea una parte y decir algo brevemente. A finales de 1927, cuando se encontraba como Embajador de México en Argentina, tenía en mente crear unos cuadernitos que se llamarían *Cuadernos del Plata*. El origen de este proyecto se debía a que la llamada *muchachada argentina* le pidió que hiciera una revista. Pero hacer una revista no le convenció por el trabajo que implicaba y por el puesto diplomático que desempeñaba. Sin embargo, los jóvenes escritores le insistían y le recordaban que en España colaboró en la revista *España*; que fundó con Juan Ramón Jiménez la revista y la biblioteca Índice; que en compañía de José Moreno Villa y Enrique Díez-Canedo editaron los “Cuadernos Literarios” de la Lectura; que comenzó la Colección Universal de Calpe y que “colaboró mucho” en Clásicos Populares de Calleja. Así pues, querían que en Argentina quedara su huella.

Así fue cómo pensó hacer “unos folletos lindos y elegantes, para esas cosas pequeñas que uno hace, que están tan en el gusto de la época, que uno no se atreve a publicar aisladas por pequeñas, que tampoco quiere mandar al revoltijo de las revistas, y que se pudren en el cajón esperando el libro misceláneo donde han de aparecer confundidas con otras cosas. Este folleto poema equivale a lo mejor de la revista”. En los *Cuadernos del Plata* pensaba publicar a autores como Pedro Henríquez Ureña, Victoria Ocampo, Jorge Luis Borges, inéditos de Ricardo Güiraldes, Oliverio Girondo, Julio Torri, Genaro Estrada, entre otros. No podía olvidar en su colección los pintores como Norah Borges, Diego Rivera, Silvina Ocampo.

Así pues, se organizó y se distribuyó el trabajo, quedando Reyes como responsable en lo literario y Evar Méndez en la cuestión editorial. El costo de las impresiones correría a cargo de Francisco A. Colombo. En el comité editorial de la colección figuraban Méndez, Borges, Xul Solar y Ricardo E. Molinari. En seguida Reyes empezó a correr las invitaciones, a pedir los permisos correspondientes y a solicitar el apoyo de sus amigos escritores para conseguir los materiales que deseaba para su colección¹⁵⁷.

De acuerdo con el colofón del primer número de *Cuadernos del Plata*, *Seis relatos*, de Ricardo Güiraldes, con un poema de Alfonso Reyes y una fotografía, apareció el 26 de julio de 1929. En la nota editorial se señala que el cuento “Diálogos y palabras”,

157 Cf., sobre todo el proceso de Cuadernos del Plata, Alfonso Reyes, *Diario*, p. 234 y ss.

era inédito; “Esta noche, noche buena...”, procede de los *Cuentos de Navidad*, inéditos, de escritores argentinos, Buenos Aires, 1917; “Rescoldo y Trenzador”, de los *Cuentos de muerte y de sangre*, Buenos Aires, 1915, en donde en “el primero de ellos aparece por primera vez Don Segundo Sombra, y no en *Politiquería*, como alguna vez se ha dicho”. “Politiquería” y “Telésforo Altamira” de las revistas bonaerenses, *Plus Ultra* y *La Nota*, 1916 y 1919, respectivamente. Y se daban las gracias a la esposa del poeta por el permiso para publicar estos relatos¹⁵⁸. (Güiraldes: www.cervatesvirtual.com)

El poema de Reyes que acompaña esta edición se llama, “A la memoria de Ricardo Güiraldes”, que consta de cuatro partes, “I. Silencio en el campo. (Paradójica herencia del Caballero de la Triste Figura)”; “II. Don Segunda de la Pampa. (Sentido espiritual de esta historia)”; “III. La tranquera. (Cifra de la tierra argentina)”; y, “IV. Ricardo Sombra. (Envío)”. Es muy probable que un ejemplar de *Cuadernos del Plata* le haya llegado a don Joaquín, pues Reyes siempre lo tenía presente. Pero de lo que no hay duda es que se reprodujo el poema en las páginas de *Repertorio Americano* un lustro después, tomada de la espléndida edición carioca de 300 ejemplares, hecho a mano, en papel off-set, tirado en las oficinas gráficas de Lithotipo Fluminense, que se acabó de imprimir el 27 de marzo de 1934. (Reyes, 1934: s/p) De las cuatro partes del poema, un fragmento de la última:

158 Güiraldes, *Los Seis relatos*. Publicados en la colección Cuadernos del Plata, se pueden consultar en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, <http://www.cervatesvirtual.com>

Llegaste cuando yo no estaba y cuando vine habías partido, y nuestra alianza quedó encinta de todo lo que pudo haber sido.

Tal vez te recogieron, como en tu cuento al trenzador, arrugando con crispada mano la carta en que te dije adiós.

Hoy, tus ecos juntando, te alzo una estatua de reflejos, y por la señal de tu planta te voy campeando desde lejos.

Cada uno me habla de ti con un elogio diferente: puedo pensar que, sólo contigo, se me murió mucha gente
(Reyes, Repertorio Americano. Tomo XXXIX, n. 689, 1934: s/p)

II. Labor diplomática

El gobierno de México presidido por el general Plutarco Elías Calles (1924-1928), al elevar su representación diplomática al rango de Embajada y al enviar el primer embajador, expresaba sus más sinceros deseos de consolidar y fortalecer las cordiales y fructíferas relaciones diplomáticas que mantenía con el Estado Argentino. Se designó a Alfonso Reyes para ocupar esa Embajada y para hacer realidad esos deseos del gobierno y pueblo mexicanos. Reyes llegó a Buenos Aires el 26 de junio de 1927. Unas semanas más tarde, cuando el embajador de México presentó sus cartas credenciales al presidente de la República Argentina dijo, que el Estado no hacía más que “recoger y establecer en institución y en cifra jurídica” lo que

era “entre nosotros el impulso espontáneo de la Nación mexicana”. Así pues, le era posible asegurar que no sólo traía “un encargo de cortesía oficial, sino el mensaje cordial y sincero de la amistad de un pueblo”. Además, al gobierno de México le cumplía la más alta satisfacción de ofrecer su nueva Embajada:

Ante el gobierno argentino con ocasión de las conmemoraciones cívicas de julio, inaugurándola el día mismo que la conciencia de la Nación argentina parece reconcentrarse a considerar las enseñanzas de un pasado glorioso y a lanzar atisbos sobre un porvenir que todos auguramos lleno de prosperidad y ventura. (Robledo, 1998: 99)

Desde San José, Costa Rica, García Monge todo lo observaba. Veía cómo su amigo que no hacía mucho tiempo le envió *Pausa y Simpatías y diferencias*, estaba como Embajador de México en Argentina. Y en el volumen de *Simpatías*, correspondiente a la quinta serie, *Reloj de sol*, vio una alusión a su persona, que le agradó y agradeció profundamente. Esto dijo Reyes de su amigo:

Que para lo extraordinario y lo heroico, no sé por qué se me figura que todos estamos un poco capacitados, y más en esta brava tierra, donde somos mejores para pelear y morir que para mantener la armonía con el vecino durante quince días seguidos. En este orden de la política literaria, me complace recordar al excelente Joaquín García Monge, que desde su pequeña Costa Rica acierta, solo,

a recoger el eco de nuestra América y España¹⁵⁹. (Reyes, 1956: 435)

Pues bien, García Monge continuó con su sabia costumbre de publicar los textos de Reyes. Ahora, al divulgar los discursos del embajador mexicano se observa, por un lado, la fidelidad y cumplimiento de los deseos expresados por el gobierno y pueblo mexicanos; y por el otro, el tacto y las buenas maneras que hicieron posible tener una escuela diplomática mexicana. Muestras de ello son las alocuciones del embajador Reyes que reprodujo *Repertorio Americano* al colocar la primera piedra de la Casa del Teatro, el 16 de febrero de 1928 y al descubrir la placa de bronce en la calle que lleva el nombre de México, el 21 de abril del mismo año. ¿Qué dijo el embajador mexicano en estas dos ocasiones?

Primero, las obligadas palabras de cortesía para aquellas instituciones y personas que estaban haciendo posible la construcción de la Casa del Teatro y, en especial, a la primera dama, a la esposa del presidente de la República. A continuación hizo un breve recorrido por la historia del teatro en Iberoamérica para ir al fondo de la cuestión. Para el embajador Reyes esta era una buena oportunidad para recordar que el teatro era también:

Un camino franco de amistad y acercamiento en nuestras dos naciones hermanas. Nada mejor que la escena, en efecto, para lograr

159 Obras completas de Alfonso Reyes. (1956) *IV. Simpatías y diferencias*. Primera, segunda y tercera series. Cuarta serie. *Los dos caminos*. Quinta serie. *Reloj de sol. Páginas adicionales*, México, Fondo de Cultura Económica, p. 435. [Letras mexicanas].

que un pueblo, no solamente comprenda las concepciones generales que inspiran la vida de otro pueblo, sino saboree también y palpe de una manera objetiva, sus peculiaridades todas, sus modos de hablar, sus ademanes, sus menudos hábitos de vida cotidiana. Pudiera decirse que el llevar a un pueblo la ciencia de otro pueblo, equivale a transportar un fragmento de una tierra a otra, pero un fragmento caliente aún, animado y vivo, con su población a cuesta y hasta con su atmósfera inefable.

Igualmente podía asegurar, y sólo para citar “los últimos ejemplos y los más populares y difundidos”, que cualquiera que fuera “la consideración artística” que se le concediera a “tales o cuales figuras de nuestros respectivos escenarios, pocos esfuerzos” habrían “sido más felices para despertar a la Argentina la curiosidad por la vida mexicana, o en México por la vida argentina, que las giras organizadas no hace muchos años por las Compañías de Lupe y de Camila”. Y recordaba, al terminar su discurso, que entre México y la Argentina la naturaleza puso “distancias y acumuló montañas. Un solo jinete con cabalgadura y remonta ha sabido vencer distancias y borrar obstáculos de montañas. No se diga que puede menos la virtud de un alto pensamiento” (*Repertorio Americano*. Tomo XVI, n. 16, 1928: 243).

Cuando se descubrió la placa de bronce en la calle que lleva el nombre de México insistió en la vieja amistad de estos dos pueblos y en la “creciente simpatía que unen a nuestras Repúblicas”. La develación de la placa era una “confirmación de

lujo después de un íntimo bautizo”. Y dirigiéndose a los asistentes a este acto el embajador rememoró:

Con esa amena y minuciosa ciencia de Buenos Aires que poseéis [...], y que hace de vuestra conversación un viaje entretenido a través de la historia de la región porteña –conversación en que las noticias pacientemente espigadas por los documentos casan tan a punto con los recuerdos personales, y todo para en una visión sintética de la ciudad, de la ciudad en marcha a través del tiempo, que contentaría ciertamente a los poetas unanimistas-, me habéis hecho saber que esta calle aparece con el nombre de San Bartolomé en los planos de 1769; con el de Agüero en los planos de 1808; y finalmente con el nombre de México en los de 1822.

Significaba, sin la menor duda, “que los tutores de la ciudad de Buenos Aires madrugaran tanto como la misma independencia mexicana (iniciada desde 1810, pero solo conquistada definitivamente en 1821) para consagrar” a su patria “un recuerdo, inscribiendo su nombre en las piedras de una calle, y de una calle céntrica, porque lo era en aquellos años”, y esto tenía una alta significación. “Y sin decir nada contra el monumento, que es la ofrenda desinteresada del arte a la memoria de un hombre, de un hecho o de un pueblo”, dijo el embajador Reyes, que no valía “menos esta conmemoración –mucho más modesta en la apariencia, pero acaso más profunda en la esencia- que consiste en ofrecer al recuerdo el nombre de una calle”.

El embajador entró al asunto que había perfilado unos segundos antes, para decir que el nombre de una calle se asociaba “más que el monumento a la vida de los vecinos”; entraba “en los hábitos cotidianos de la gente” e iba “formando un nuevo relieve en la topografía moral de las poblaciones. En la geometría de Buenos Aires, esta línea, esta coordenada: la calle de México, servirá siempre para fijar el punto y momento en que la Ciudad del Plata colinda con la antigua Ciudad de los Palacios, al menos en la zona de la intención, del ánimo, del espíritu”.

Los bonaerenses fueron “más solícitos” que los mexicanos. Las calles y plazas que llevan el nombre de Argentina databan de hacía poco tiempo. Fue “menester, para bautizarlas y ofrecerlas, que una profunda conmoción social, removiendo nuestra sensibilidad histórica, nos despertara – después del marasmo de una larga paz que empezó por ser efecto del orden y acabó por ser causa de una dañina somnolencia- al sentimiento de vinculación con las Repúblicas hermanas”. Y fue entonces, después de esa gran sacudida, que nació “por todas partes un vasto apetito de comunicación y de entendimiento con las naciones que el destino hizo gemelas; y, en el orden de las cosas municipales, comenzaron a aparecer las fuentes públicas, las estatuas, las inscripciones consagradas a la amistad argentina, aunque para ello fuera preciso sacrificar tal vez alguna leyenda pintoresca en que se fundaba el nombre heredero de tal o cual rincón de la ciudad”.

En esta alocución no podía faltar el nombre de la escultora que hizo posible que en bronce quedara el nombre de México,

Elena Guarnaccia Altamira, ni tampoco otras “reflexiones provechosas”. Los romanos, “supersticiosos de genio”, los llamó el embajador de México, “ponían bajo advocación de pequeñas divinidades tutelares lo mismo sus vías públicas que sus moradas domésticas; y todavía” le parecía muy bien que el hombre llevara “a todos los sitios que frecuenta, una sospecha de su relación con lo eterno. Esta manera de asociar lo inmediato con lo mediato y lo distante –cuando, como en el caso, se refiere a un sentimiento de cordialidad entre dos pueblos- forma parte de la educación del ciudadano, puesto que lo enseña a sentir su convivencia con los demás hombres, aunque sea con los que habitan al término de un penoso viaje”.

El embajador mexicano hizo una brevísima pausa. La suficiente para expresar sus sentimientos de tal manera que nos recuerda las páginas bien logradas de su *Visión de Anáhuac*. Cuando los argentinos pasen por la calle que lleva el nombre de México acaso piensen unos instantes en mi país. Y a “su mente acudirán las noticias atropelladas, malas y buenas, que el azar o el interés difunden, a propósito de México, por el mundo. Pero sepa el viandante y tenga por cierto que, en la combatida y hermosa ciudad del águila y de la serpiente –donde el aire, a fuerza de transparencia, parece siempre recién bañado en los lagos de Anáhuac; donde el granito rojo de las casonas coloniales hace fiestas al sol; donde la alegría de las cúpulas de azulejos (las más bellas del mundo) se destaca sobre el horizonte plateado de cada tarde,- ninguna de las estrellas del cielo se ha extinguido por el hecho de que el pueblo mexicano esté resulto a procurar que la vida humana

sea más digna de ser vivida, más justa y más piadosas las instituciones, y que las calles de la ciudad sólo vean desfilan un día lo que yo deseo ahora para vuestra calle de México: hombres libres, y hombres contentos con su pequeña porción de las felicidades terrestres” (*Repertorio Americano*. Tomo XVI, n. 20, 1928: 308).

Los lectores de *Repertorio Americano* siguieron familiarizándose con los artículos y ensayos de Alfonso Reyes que tanta fama la dieron por su pulida prosa, por su cuidadoso trabajo de fuentes archivísticas, por los serenos y ponderados juicios. Pero alguna vez tenía que hacer una que otra aclaración. Este es el caso de su “Segunda nota sobre libros de México”, que era la repuesta a la primera que publicó *Repertorio Americano*, el 2 de marzo de 1929, y que la precedía “una entrevista que le hizo don Manuel María Oliver, y de que sólo se publicó la parte final”. Ahora quería el embajador mexicano que se conociera el párrafo suprimido, y se entenderá y comprenderá por qué hizo el reclamo. En ese párrafo señaló: “Sí, la vida intelectual de México es muy intensa. La renovación de las artes cultas y populares es el mejor resultado de la nueva orientación espiritual del país”. Se proponía traer a Buenos Aires el próximo invierno “interesantes exposiciones” que darían “prueba de ello”. Le agradecía que le hubiera preguntado por estos asuntos espirituales después de hablar de los “productos naturales”. Y, además, le decía que durante el “año y meses” que llevaba en Argentina aparecieron obras mexicanas, “todas de primer orden”. Lo que significaba para él “un positivo placer el tener ocasión de mencionarlás y llamar sobre ellas la atención de

los lectores”, pues le “faltaría tiempo para analizarlas en toda forma”. Y que conste que sólo *citaba* las que tenía “a la mano”, *sobre su mesa*.

Diez autores fueron los que mencionó en esta ocasión. Y aunque dijo que no tenía tiempo para analizar la obra literaria de estos escritores mexicanos, veamos por lo menos qué dijo sobre Bernardo Ortiz de Montellano, uno de los hombres más notables del grupo de Contemporáneos, que publicó *Red*, bajo el sello de Contemporáneos, en 1928, con cinco dibujos de Julio Castellanos. “Poemas en prosa (salvo el prólogo, *Red*, en verso). Puntería de pájaro a todo vuelo, que ni así yerra el puntazo del pico; seguridad fina de la araña, casi suspensa siempre del aire. Y si los niños conocieran el estilo literario del hombre, así escribirían: inventando las emociones, descubriendo las dimensiones, cazando las palabras como el gato caza el insecto, levantando una montaña, sin darse cuenta, en la palma de la mano o doblándose llorosamente bajo el peso de una leve brizna” (*Repertorio Americano*, tomo XVIII, n. 23, 1929: 364).

Un días después de publicado este artículo, don Joaquín le escribió a Reyes para decirle que había “tenido la dicha de [recibir] unas cuatro letritas nuevas de usted, con un retrato. ¡Ah, lo noble fisonomía suya, como le agradezco que me lo haya enviado”. Después le aseguró que también llegaron sus “papeles privados”. ¿Sobre qué materia? ¿Qué le interesaba que supiera don Joaquín? ¿Qué quería Reyes que hiciera García Monge por él? ¿Lo sabremos algún día? Era asunto privado. No dijo nada al respecto. Porque sobre los otros,

sobre los “papeles públicos” que eran para el público, estaba de “plácemes”. Ya no podía quejarse. Su ejemplo era estimulante. Pedro Henríquez Ureña también le mandó “extractos” que parecían el “comienzo de un proyecto meditado”. Con los dos se sentía reconfortado.

Le dijo, por otra parte, que en el próximo número de *Repertorio Americano* saldría su ensayo sobre Nervo, y que la copia que le envió del mismo, publicado originalmente en *La Nación* bonaerense, (19 de mayo de 1929)¹⁶⁰, le llegó muy a tiempo, con sus correcciones. Y enseguida estas palabras: “Y que suenen esos nombres desterrados de los corrillos, de los no consagrados. Nada me encanta más que contribuir a que los ignorados sean conocidos”. Quedaba a sus órdenes. (Carta de Joaquín García Monge a Alfonso Reyes. San José Costa Rica, 16 de junio de 1929, en Archivo de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 964).

Reyes desde muy temprana edad se interesó por la obra del poeta oriundo de Tepic, Nayarit. En 1914 publicó “Un libro de Amado Nervo: *Serenidad*”, en la parisina *Revista de América*, de los hermanos Francisco y Ventura García Calderón, que pasó como prólogo al tomo XI de las *Obras Completas* de Amado Nervo y que aparece en la primera edición de *Simpatías y diferencias* con este nuevo título: “La serenidad de Amado Nervo”. En 1919, hizo el prólogo para *El diamante de la inquietud*,

que conlleva como nombre, “El camino de Amado Nervo”, y que figurara en el tomo XIV de las mencionadas *Obras* del poeta nayarita. Finalmente, el que hizo en 1929, “El viaje de amor de Amado Nervo”, para conmemorar los diez años de la muerte del poeta que escribió *Todo amor nuevo que aparece / nos ilumina la existencia, / nos la perfuma y enflorece*. Estos tres ensayos forman la parte medular del libro *Tránsito de Amado Nervo*, publicado en Santiago de Chile, por Ediciones Ercilla, en 1937. Como es sabido, Reyes también fue el editor de la *Obra completa* de Amado Nervo (Carta de Alfonso Reyes a Genaro Estrada. Madrid, 25 de enero de 1920, en *Con leal franqueza. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Genaro Estrada*. I. 1916, 1927, compilación y notas de Serge I. Zaïtzeff, México, El Colegio nacional, 1992, p. 78) y el “responsable de ella literariamente”, edición de la madrileña Biblioteca Nueva, proyectada en 29 tomos, en donde aún permanecen textos, notas y presentaciones del ahora embajador de México en Argentina, que consideró que ese era su lugar (y quizá definitivo). Edición que ha sido la base para nuevas y más completas o incompletas obras del poeta nayarita.

Pues bien, a diez años de la muerte de Nervo, ¿qué había pasado con su poesía? ¿Por qué aquéllas palabras de don Joaquín? Lo que resulta importante en todo caso es que tanto García Monge como Reyes no olvidaban a uno de los grandes poetas mexicanos y de nuestra lengua e invitaban a seguirlo, a frecuentarlo. Por lo que, *Repertorio Americano* en su edición sabatina de 22 de junio de 1929, en su primera plana y con la reproducción del retrato de Nervo hecho por el mexicano

160 *Obras completas de Alfonso Reyes*. (1958) VIII. *Tránsito de Amado Nervo. De viva voz. A lápiz. Tren de ondas. Varia*, México, Fondo de Cultura Económica, p. 10. [Letras mexicanas].

García Cabral, publicaba el citado ensayo de Alfonso Reyes, que así empieza: “Hoy, a los diez años, es de creer que la constelación que había de brotar de su alma esté ya centrada. Todo él será ya puro espíritu. Regalo de todos, como una fuente en una plaza. Ceñido al estilo del recuerdo, ya se despejó de los aditamentos y estorbos de todo aquello que se mueve. Ya está hecho como de cielo. Se fue del todo, y comienza, por eso, a ser todo nuestro. Su misma intimidad es parte de nosotros mismos. Enfrentado con lo absoluto, ya no es aquel afable señor que conocimos. Ya su casa es nuestra, y está edificada en la otra dimensión del tiempo. Hasta podemos empujar la puerta sin permiso, entrar en los misterios. No hay mayor respeto que el afán –castigado y pudoroso, eso sí– de conocer bien al Poeta, de entender su amor y su dolor, de aceptar en nuestras penumbrosas redes de atisbos unos cuantos de sus pececillos de oro. Dice Paul Valéry: -Apenas muertos, nos vamos, con la velocidad de la luz, a juntar con los centauros y con los ángeles” (*Repertorio Americano*. Tomo XVIII, n. 24, 1929: 369).

Reyes recorrió el camino de Nervo, de Madrid a Montevideo, de las mujeres que amó el nayarita al delirio y sus desmayos, pasando por su enfermedad, hasta llegar a los últimos días de su existencia. El 17 de mayo de 1919 todavía escribe diciendo que tiene un médico “sencillo y afectuoso”, que lo visitó el 16 de mayo, y que estaba alarmado por el resultado de los análisis que le mandó hacer. Tenía “mucho albúmina”. Le dio la dieta y le “predicó” lo que aún “podía hacer en este mundo”. Se lo prometió. Quería vivir. ¿Y saben por qué quería vivir?, preguntó Reyes. En los

siguientes renglones está la explicación sin dejar de sorprender que el poeta místico, el poeta que había dicho de Kempis:

*Ha mucho años que busco el yermo
ha mucho años que vivo triste,
ha muchos años que estoy enfermo,
¡y es por el libro que tú escribiste!*

Ahora “se asusta de sus propias creaciones, y teme que la *Imitación a Cristo* le arrebatase su amor”. Nervo en su carta, subraya: “No lea tanto a Kempis. Habla de un desaire total de todas las cosas: era un monje... No se me aleje por él”. ¿Para quién era esta carta? Para “¿una mujer o a la inmensa sombra que lo esperaba?”, se preguntó Reyes otra vez. Para responder inmediatamente: era para una mujer, para “aquella de quien con toda razón decía en sus versos íntimos”:

*era mujer nada más,
y de hoy en siempre serás
toda luz y poesía.*
(*Repertorio Americano*. Tomo XVIII, n.24, 1929: 371)

Semanas más tarde, *Repertorio Americano* ofreció de Alfonso Reyes, “Un apunte sobre Eça de Queiroz”¹⁶¹. Apunte interesante por sus atisbos autobiográficos. Esta colaboración se la pidieron con “cinco minutos de anticipación”. Era todo un reto, aunque dijo: ¿cómo escribir un artículo en tan poco tiempo, cuando mis lecturas daban de tantos años y cuando navegaba “por mares tan distantes”? Pero el reto lo

¹⁶¹ Reyes le envió este apunte sobre Queiroz a García Monge porque en *Crítica* salió “muy equivocada”. Corregido se lo envió al director de *Repertorio Americano* (Alfonso Reyes, *Diario*, cit., p. 276).

aceptó porque le devolvía la “fresca emoción” de sus años de periodista. ¡Cinco minutos le bastaban para hacer un artículo! En efecto, Reyes desde muy joven, desde su llegada a la Ciudad de México, por 1907, empezó a escribir en los diarios mexicanos de mayor circulación. Después, en sus años madrileños, hizo periodismo en innovó géneros periodísticos. Al grado de reconocerlo como pionero de la crítica cinematográfica¹⁶². Más tarde, cuando ingresó a la diplomacia, la pluma no la olvidó. Al radicar definitivamente en México en 1939, volvió a hacer periodismo como en su juventud.

Hacer este apunte le recordaba pues aquellos años, cuando saltaba de la “cama todos los días con los músculos del alma contraídos [...]. Había que estar con toda la conciencia alerta para cualquier asunto que el azar de los días pudiera traer a temperatura de actualidad; había que tener toda la memoria movilizada, todos los recuerdos de experiencia y cultura en el primer plano del alma; había que darse todo cada día. ¡Admirable y varonil gimnasia” que envidiaba ahora a sus “camaradas de los periódicos!”. Y sin embargo, a pesar de lo dicho, aceptó el reto. En cinco minutos hizo este artículo.

El apunte es magnífico. Unas líneas fueron suficientes para dejar satisfecho al lector más exigente: “De timbre más firme que Zola, y desde luego de sustancia más literaria, mucho más pegado a la palabra; de

¹⁶² Cf., los textos de Reyes como pionero de la crítica cinematográfica, en Alfonso Reyes, Martín Luis Guzmán y Federico de Onís, *Frente a la pantalla*. México, Dirección General de Difusión Cultural/Universidad Nacional Autónoma de México, 1963, pp. 7-56. [Cuadernos de Cine, 6].

respiración más saludable, que Flaubert, y desde luego más ágil para mover la novela, aunque no más profundo para agitar ideas en las cartas; -este humorista, que puede hombrearse con los mejores, cuando no acierta con la idea más vívida, acierta al menos con el ritmo, con el gesto, con la tinta de la idea más vívida, y en su modo de lanzar la frase hay siempre un fondo y una presteza de tirador de florete. Lleva, por todos los pueblos, ese resabio de catador de fronteras, ésa que llamaré melancolía consular, al modo de la que, con otro gusto, ofrece también Stendhal; ésa que nos va haciendo sentir las puerilidades de los hábitos de un pueblo contrastados con los de otro pueblo, y de la vanidad de los que crean bandos y ejércitos encontrados, sólo porque difieren -como en Swift- sobre la manera de romper el cascarón del huevo” (*Repertorio Americano*. Tomo XIX, n. 9, 1929: 137).

Para cerrar este año 1929, *Repertorio Americano* reprodujo “Waldo Frank”, que apareció en *Crítica*, de Buenos Aires. Pequeña nota o apunte con datos exactos de acontecimientos especiales de su vida. En este apunte, por un lado, podemos para apreciar y comprender la amistad que se estaba dando entre el escritor estadounidense y el mexicano. Por el otro, para entender por qué Reyes le daba importancia a los asuntos de su vida, particularmente si tenían algo misterioso.

Su amistad con Waldo, escribió Reyes, tenía cuatro actos y cada uno ocurrió en una ciudad distinta. El primero, entre 1923 y 1924, en Madrid; el segundo, en 1924, en Nueva York; el tercero, un poco después, en París; y el último, el 22 de septiembre

de 1929, en Montevideo. En los tres primeros actos siempre hablaron unos instantes, en el cruce de las estaciones, “entre maletas”. El cuarto fue completamente diferente.

Reyes acompañaba al piloto mexicano, coronel Pablo Sidar, que estaba en Buenos Aires desde el 14 de septiembre. Por el deseo de acompañarlo estaba en Montevideo. Pero Sidar se fue a Brasil y él se quedó en la capital del Uruguay. “Al consultar los barcos para el regreso” a la capital argentina cayó en la cuenta que este día 22 llegaba el vapor *Voltaire* y el mismo día tenía que zarpar. Venía a bordo, Frank. A las cuatro de la tarde del domingo 22 salieron de Montevideo los dos amigos que contemplaban “las aguas del Plata, haciendo recuerdos y augurios, y sacando el cómputo cabalístico de todas las coincidencias y señales providenciales” que los había acompañado en su amistad y que ellos querían “ver como símbolo de amistad entre las dos Américas”. Dos horas y media después, a bordo del vapor, escribía estas líneas para *Crítica*¹⁶³ (*Repertorio Americano*, tomo XIX, n. 18, 1969: 287 y ss.).

En los primeros meses de 1930, Alfonso Reyes salió de Buenos Aires a Río de Janeiro, su nueva misión diplomática. En el transcurso de su traslado e instalación en la antigua capital de Brasil, el diplomático mexicano creó una revista tan personal que la ligó a su ciudad natal: *Monterrey. Correo literario de Alfonso Reyes*. En el “Propósito” de este Correo el escritor

mexicano escribió: “La nebulosa primitiva se fue condensando en planetas y en sistemas solares. Pero, en el orden de la publicación literaria, parece que los planetas –los libros– fueron la primera fase del fenómeno. Luego, sin dejar de ser lo fundamental, los libros van irradiando su nebulosa, su atmósfera atómica, cada vez más cargada y fina. Primero surgen las revistas, para llegar los intersticios entre los libros; después, para llenar los intersticios entre las revistas, aparecen los periódicos literarios, hoy tan en boga, que suelen ser quincenales o semanales, y que tienen por abuelo común, aunque olvidado, aquel gentilísimo huésped de los domingos de Florencia, *Il Marzocco*, viejo ya de treinta años”.

En este “Propósito”, Reyes reconoció una vez más la importancia de la obra que estaba desarrollando García Monge y cierta influencia al diseñar su personal Correo. Por eso, a acerca de los periódicos literarios señaló, que “este género de pliegos se ha popularizado como un verdadero síntoma del siglo”. Mas, “No todos saben que uno de los primeros en esta senda ha sido Joaquín García Monge, benemérito de las letras americanas, quién desde San José de Costa Rica, hace mucho tiempo que sirve de centro de reunión a los jóvenes escritores de nuestra lengua, primero con sus colecciones *Ariel* y *Convivio*, y más tarde con su *Repertorio Americano*, donde viene recogiendo cuanto artículo o noticia interesan a los destinos espirituales del Nuevo Mundo” (*Propósito*, n. 1, 1930: 1)

163 Alfonso Reyes, *Diario. 1911-1930*. Prólogo de Alicia Reyes, nota del Dr. Alfonso Reyes Mota, Guanajuato, Universidad de Guanajuato, 1969, p. 287 y ss.

III. Imagen y destino de América

Como hemos mencionado en diversos momentos, la correspondencia entre Reyes y García Monge y las colaboraciones del escritor mexicano en *Repertorio Americano* se fueron extrañando. Alguien tenía que romper el silencio. Reyes en este caso fue el que lo hizo al mandarle una carta de año nuevo 1932. Don Joaquín le respondió y le dio pormenores de los días que estuvo en San José, Gabriela Mistral y Palmita Guillén, que tanto lo querían. Y le comenta, que en esta ocasión no le disgustó la comparación que le hicieron sus invitadas al decirle que cuánto se parecían García Monge y Reyes. Es posible que algún parecido hubiera, aceptó. Pero parecerse a usted, escribió, “sería pretender mucho. Pero es verdad que afinidades y simpatías siempre nos han unido aunque no nos hayamos visto, aunque vivamos tan separados, aunque no nos escribamos con frecuencia”.

¡Qué viva y profunda amistad se profesaban estos dos americanos! Ejemplo sin par de cordura, de respeto, de admiración por el trabajo para que esta América fuera otra, y su destino, venturoso. Vivieron siempre “tan separados” por la distancia, y por muchos años tan cerca, y a pesar de ello nunca se conocieron. Por eso son tan importantes aquéllas líneas, por su contenido humano. Y también por estas que escribió al señalar don Joaquín que doña Gabriela decía que si ella tuviera *poder*, movilizaría a Reyes y a Roberto Brenes Mesén¹⁶⁴, “y los haría

164 Mora Burgos escribió que la obra madura de Brenes Mesén se orienta hacia el “misticismo” que escogió como “vía de voluntaria y convencida depuración espiritual. De ahí que su pensamiento no sea filosófica-

estarse 6 meses en cada una de estas patrias desunidas de nuestra América”. Mistral a cada uno le asignaba un “magisterio arquetipo” que juzgaba “muy saludable para nuestros pueblos y del que debieran disfrutar los jóvenes siquiera unos meses”. A Reyes le señalaba un “magisterio laico”, y a Brenes Mesén, “uno místico, digamos; ambos igualmente deseables y adaptables, según los temperamentos”.

Los días que estuvieron Mistral y Guillén en Costa Rica siempre fueron para recordar... a Alfonso Reyes. Cuando ellas estuvieran junto a él tal vez pudieran hacer lo mismo que se hizo en su tierra: recordarlo. Añadiendo estas sentidas palabras: “Yo a todos los acojo y quiero, aún a los que me adversan; creo que me adversan por vanidades literarias o por impaciencias que pueden ser pasajeras. Ocurre que me solicitan de tantos lados, que a veces me falta el ánimo para atenderlos a todos como

mente puro, sino más bien una fusión de lo filosófico y lo religioso. Su última obra es la más característica: *Rasur*, largo poema que condensa en forma de ‘presencias’ (es decir, sin elaboraciones discursivas) los aspectos fundamentales del pensamiento del autor” (Gerardo Mora Burgos, “Pertinencia del pensamiento humanista de Roberto Brenes Mesén”, en *InterSedes: Revista de Sedes Regionales, Universidad de Costa Rica*, año/volumen III, número 5, mayo, 2002, p. 202). Sitio: <http://redalyc.uaemex.mx>

A propósito de Brenes Mesén, las ediciones de El Convivio publicó *Crítica americana*. Por tal motivo Norberto Pinillas hizo una reseña en la *Revista Educación*, Santiago de Chile, noviembre de 1937, y que la reprodujo *Repertorio Americano*. Esto dijo Pinilla: Roberto Brenes Mesén “se salva de ser un impresionista puro, porque es hombre de estudio y sensibilidad que ha enriquecido su yo con lecturas clásicas. De modo que sus páginas suscitan meditaciones anejas, meditaciones que, como música lejana, son suaves y gratas al corazón y oído” (Norberto Pinilla, “Crítica Americana”, en *Repertorio Americano*. Semanario de Cultura Hispánica, San José, año XIX, número 830, tomo XXXIV, número 22, sábado, 1937, p. 345.



quisiera. Sí, mi querido amigo, digámonos algo de cuando en cuando”. Y comparte estas noticias: Salomón de la Selva se encontraba en Costa Rica y eran muy buenos amigos y *Monterrey* le llegaba con regularidad, “hoja literaria que revela muy bien” su “noble temperamento”. Las estaba guardando. Y hasta otro día, “mi querido Alfonso Reyes. Cuídese. Siempre suyo”, García Monge (Carta de Joaquín García Monge a Alfonso Reyes. San José, febrero 4 de 1932, en Archivo particular de Alfon-

so Reyes. Capilla Alfonsina/ Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 964).

El 26 de agosto de 1932, don Joaquín le volvió a escribir para agradecerle sus dos últimos folletos que debería reproducir y que el tomo XXV de *Repertorio Americano* era su tomo. Efectivamente, el tomo XXV, número 1, del sábado 9 de julio, lleva en la página central el retrato que le envió Reyes y que tiene esta dedicatoria: *Para Joaquín García Monge /su firme y viejo camarada. /Alfonso Reyes /Bs. As. 9 de mayo de 1929.* Al abrir el pliego, un poema de Salomón de la Selva, “El elogio de Alfonso Reyes”, fechado en México, 1922, que así empieza:

*Feliz Alfonso que cantando
labras
con fina mano y con buril se-
guro
de Lope y de Quevedo el már-
mol puro,
o crisoelefantino
exornas tus palabras:
¡Oro y marfil de Góngora divino!
Yo no –pobre de mí- que pastoreo
cabras.*

Y en esa misma página el ensayo de Reyes, tomado de su *Monterrey*, “Guardias de la pluma. El aseo de América”. El asunto que su autor plantea es el siguiente. América tiene sus clásicos y éstos están

en la memoria de todos. Sin embargo, a su alrededor había muchos otros que no lo eran y ante el mundo se deberían mostrar los “edificios ya construidos” y no las canteras. Había el riesgo de que el *aseo* lo hicieran otros, “los de allá”, que no eran los más entendidos sino los mediocres. Debemos cuidar a América, advertía. Los americanos tienen abiertos los ojos. Ya no se dejan “adormecer con letanías de la rutina y con enumeraciones mecánicas de grandes hombres”. En los manuales de historia y de literatura hay en superabundancia Padres de la Patria y Padres del Alfabeto. La tarea que le tocaba hacer a su generación era la de “jardinear un poco el campo”. Había “que intentar ya, de modo constante, el someter a la razón tanta materia prima, y el someter tanto movimiento disperso a un ritmo inteligente”. Por todo ello se preguntaba, ¿cuáles eran los seis o diez libros esenciales de nuestras repúblicas americanas?, “¿dónde encontrar, en su mejor expresión, el sabor de nuestro pensamiento y el espectáculo de nuestra historia?”.

Reyes lanzó, entonces, esta propuesta: crear una Biblioteca Mínima Representativa de cada uno de nuestros países americanos. Esta Biblioteca sería la carta de presentación que se ofrecería a los viajeros ilustres. Se podría consultar en todas las representaciones diplomáticas que se tuvieran en toda nuestra América. “Cada comisionado oficial llevaría en su maleta, como la dotación reglamentaria que el soldado carga en la mochila. La ofreceríamos a las bibliotecas públicas extranjeras y aun en las escuelas de los países amigos. Difundiríamos en nuestro propio país el conocimiento de la respectiva Biblioteca

Mínima como un deber cívico ineludible. La B. M., sería nuestro pasaporte para el mundo, sería nuestra moneda espiritual”.

Pero no tenía “fuerzas” para esta empresa, por lo que les pidió a sus amigos que lo hicieran y que discutieran entre sus colegas el índice de libros. El criterio debería ser amplio. La “Beme”, como la llamó, no debería sólo una colección poética, “ni siquiera literaria, aun cuando todas las obras escogidas” deberían tener “el decoro artístico esencial”. Es decir, debería “juntar los libros fundamentales de la República”¹⁶⁵. (*Repertorio Americano*, tomo XXV, n. 1, 1932: s/p). La propuesta tuvo una buena acogida y *Repertorio Americano* recogió algunas de ellas. Lo que no sabemos es si en alguna parte de América se haya hecho la Biblioteca Mínima de la República.

Como se habrá observado, la idea y la imagen de América en Alfonso Reyes no eran ajenas. Fue una de sus herencias familiares, que se asentó en sus años de juventud, se acrecentó en Europa y se consolidó en Sudamérica. Su posición era privilegiada, ciertamente. Pero tenía una sensibilidad y una extraordinaria perspicacia política que le permitió tener claridad sobre lo que acontecía en nuestro continente. Además, a los largo de los años tuvo y mantuvo diferentes diálogos que le permitió tener la mirada de una América viva, palpitante y actual. América en los años treinta fue verdaderamente una obsesión para el embajador mexicano, y no era una simple

¹⁶⁵ Cf., algo más sobre la propuesta de la “Beme” de Reyes, mi artículo *Monterrey: pliegos filosos*. En *Monterrey*. Correo literario de Alfonso Reyes, Monterrey, Fondo Editorial de Nuevo León/Coité Regional Norte de Cooperación con la UNESCO/Universidad Autónoma de Nuevo León, 2008, pp. 45-61.

casualidad. Los momentos estelares son poéticos, y de ello una vez más dio cuenta *Repertorio Americano*.

El poeta dijo un día de abril, en la sesión de los Rotarios de Río de Janeiro: “Préstenos la imaginación su caballo con alas, y recorramos la historia del mundo en tres minutos. La masa solar, plástica y blanda, -más aún: vaporosa- solicitada un día por la vecindad de algún otro cuerpo celeste que la atrae, levanta una inmensa cresta de marea. Aquella cresta se rompe en los espacios. Los fragmentos son los planetas, y nuestra tierra es uno de ellos. Desde ese remoto día, los planetas giran en torno a su primitivo centro como verdaderas ánimas en pena. Porque aquel arrancamiento con que ha comenzado su aventura es el pecado original de los planetas, y si ellos pudieran se refundirían otra vez en la unidad solar de que sólo son como destrozos”.

Y así siguió imaginando el nacimiento de nuestra tierra. Y si soñamos, “para mejor entender la realidad”, soñemos, “que un día nuestra América constituyó, a su vez, una gran comunidad humana, cuyas vinculaciones salvaran mágicamente la inmensidad de los territorios, las murallas de montañas, la cerrazón de los bosques impracticables”. Y sin embargo, a “la hora en que los primeros europeos” se asomaron a “nuestro Continente, esta unidad se ha roto ya. Quetzalcóatl, el civilizador de México, ha huido hacia el Sur, precisamente empujado por las tribus sanguinarias que venían del Norte, y ha dejado allá por Guatemala la impronta de sus plantas, haciéndose llamar Cuculcán. Semejante fenómeno de disgregación se ha repetido en todos los focos del Nuevo Mundo. Acaso hay

ya pueblos des-civilizados, recaídos en la barbarie a consecuencia de la incomunicación, del destroz o tercer pecado original. Los grandes imperios americanos no son ya centros de cohesión, sino residencia de un poder militar que sólo mantiene la unión por la fuerza”, señaló Reyes.

Llegó la conquista y los sajones y los iberos se dividieron el Continente, y más tarde, cuando los pueblos aspiraron a “bastarse por sí” mismos, se emanciparon. “El proceso de fecundación europea sólo” sirvió “como un recurso lateral, para nutrirlas artificialmente, para devolverles la conciencia de su ser continental, para restaurar entre ellas otra vez el sueño de una organización coherente y armónica”. No fue casual por ello que los padres de la independencia americana cuando se emanciparon de las metrópolis se sintieran “animados de un espíritu continental. En sus proclamas de guerra” se dirigieron “siempre a los americanos, de un modo general y sin distinción de pueblos, y cada uno de ellos” imaginaba que luchaba por todo el Continente Americano. “Naturalmente, este fenómeno sólo es apreciable en los países hispano-americanos, únicos para los cuales tiene sentido. Luminosa imagen del planeta que ronda en torno de un sol. Bolívar sueña entonces en la aparición de la Grande América”. Pero acaso el tiempo no estaba maduro y la independencia procedía “por vía de fraccionamientos nacionales”.

Si hacemos un recorrido por el tiempo lo que vemos son “tijeretazos”, la “fragmentación en partes y una de las partes en pedazos, y uno de los pedazos en trozos. Y la imaginación –cuyo consejo hemos

convenido a seguir para ver dónde nos lleva- nos está diciendo en voz baja que, aunque la unidad primitiva nunca haya existido, el hombre siempre ha soñado con ella, y la ha situado unas veces como fuerza impulsora y otras como fuerza tractora de la historia; si como fuerza impulsora, en el pasado, y entonces se llama la Edad de Oro; si como fuerza tractora, en el porvenir, y entonces se llama la Tierra Prometida”. Y si dejamos a un lado la imaginación y soñamos, decimos que queremos una “América coherente, armoniosa, donde cada uno de los fragmentos, triángulos y trapecios encaje, sin frotamiento ni violencia, en el hueco de los demás. Como en juego de dados de los niños, cuando cada dado esté en su sitio tendremos la verdadera imagen de América”. ¿Y existe esta imagen de América?, sí, contundente, respondió Reyes. Está “en nuestros corazones y por ella estamos viviendo”¹⁶⁶.

Otra vez la incomunicación, y nuevamente Reyes rompió el mutismo. Ya no estaba de embajador de México en Brasil sino que volvió a Argentina. Volvió para hacerse cargo de los preparativos de la Conferencia por la Paz de Buenos Aires (1936), y sin embargo, cuando llegó, la traición de los militares españoles se conocía por todo el mundo. En esta hora, estaba como embajador de España en Argentina, Enrique Díez-Canedo. Nunca como en este tiempo dos amigos, dos representantes diplomáticos estaban haciendo causa común con la Espa-

ña republicana. Episodio que tanto honran a México como al embajador Reyes¹⁶⁷.

Por eso era menester recordar de vez en cuando las figuras de la independencia americana y una vez más reiterar los valores morales que tuvieron. Era importante hacerlo en esta hora, y en cualquier hora, porque es tan fácil el olvido y la memoria para los que gobiernan. En un breve artículo, “Llor a San Martín”, publicado originalmente en *El Nacional* mexicano, 11 de noviembre de 1937, pero reproducido en *Repertorio Americano*, Reyes escribió: “Un sentido sobrio de la vida, una gran sencillez de alma, una humildad natural que lo ponía en el trance orgulloso de desdenar honores militares y grados, de renunciar a la mitad de su sueldo en bien del servicio público¹⁶⁸. Lo mismo preparaba planos estratégicos que mandaba comprar las cuatro ollas que hacían falta para las cocinas de sus ejércitos, o el aceite de nuez que un comerciante aprovechador tardaba en suministrar a su gente. Tejía minuciosamente, hilo por hilo, el manto de la historia. Su candor, su precisión, podrían servir de norma a cualquier conducta. Entre las abundantes faunas de las que alguien ha llamado cultores del floripondio, San Martín dejaba esta máxima para su hija: *Que hable poco y lo preciso*. Entre los genios morales de la humanidad, los argentinos pueden reclamar para él un alto honor” (*Repertorio Americano*, tomo XXIV, n. 22, 1937: s/p)).

166 Discurso de Alfonso Reyes. *Imagen de América*. dicho el 13 de abril de 1934, en la sesión con que los Rotarios de Río de Janeiro celebraron el Día Panamericano”, en *Repertorio Americano*. Semanario de Cultura Hispánica, San José, año XV, número 688, tomo XXVIII, número 24, sábado, 1934, p. 376.

167 Cf., mi libro, *Alfonso Reyes y el llanto de España en Buenos Aires, 1936 y 1937*. Compilación, introducción y notas de Alberto Enríquez Perea, México, El Colegio de México/Secretaría de Relaciones Exteriores, 1999.

168 Porque también este San Martín partió su capa. [Nota de Alfonso Reyes].

La misión de Reyes en Buenos Aires terminó a finales de 1937 y la Secretaría de Relaciones Exteriores le ordenó regresar a México. Mientras llegaba ese día le escribió a García Monge, 9 de noviembre de 1937, diciéndole que extrañaba sus líneas. Por eso le preguntó: ¿por qué no le escribía? ¿Por qué no le hacía sentir su amistad? Le mandaba publicaciones y no sabía si las recibía. Sólo el silencio como respuesta. Volvió a preguntarle: ¿Por qué? ¿No andaban en la misma guerra? No podía creer que no le llegaran sus envíos porque veía que recibía los de Henríquez Ureña, paquetes que él mismo los iba a dejar al correo, junto con su correspondencia. Sólo quería que lo tranquilizara con una palabra (Carta de Alfonso Reyes a Joaquín García Monge. Buenos Aires, 9 de noviembre de 1937, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 964).

Exactamente un mes después, don Joaquín le decía a su amigo mexicano que cómo se le ocurría que le perdiera cariño. Era de las pocas joyas que quedaban en esta América nuestra y cada semana salía a su domicilio un paquetito con *Repertorio Americano* y cada vez que encontraba algo suyo lo reproducía en su revista. Tal fue el caso del artículo “Genaro Estrada”¹⁶⁹. Y con los artí-

culos que encontraba en el diario mexicano *El Nacional* lo mismo hacía. Por lo que le podía que le enviara sus copias para que las reprodujera, pues temía las erratas, cortes y tijeretazos que pudieran sufrir sus artículos.

Estaba leyendo el libro que le envió, *Las vísperas de España*, cosa que se lo agradecía. Le gustaron mucho las notas que hizo sobre Burgos. Por ahí pasó en octubre de 1935. Estuvo unos quince días. No vio casi nada, pero se le “quedó en el alma el paisaje” y luego se le creó “un amor inmenso por aquella tierra y su pueblo. Que dicha si alguna vez” se encontraran en España, juntos. De *Las vísperas de España* tomaría algo para la revista, ya lo vería, y de paso le haría propaganda al libro. Por otra parte, se quedó pensando sobre los peligros que decía correr al manifestar su adhesión a España. Por eso le recomendaba que fuera cauto y que siguiera luchando: “Que cabeza, corazón y manos trabajen de acuerdo. Y que así sigamos: luchando con fe, por España, por su cultura, por México, por nuestra América descuidada. En un abrazo todos, muy apretado para usted. Suyo siempre. García Monge” (Carta de Joaquín García Monge a Alfonso Reyes. San José, Costa Rica, diciembre 9 [de 1937], en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 964).

169 Efectivamente, “Genaro Estrada”, se publicó en *Repertorio Americano*. Semanario de Cultura Hispánica, San José, año XIX, número 827, tomo XXXIV, número 19, sábado 20 de noviembre, 1937, pp. 288-291. Este ensayo Reyes lo escribió al enterarse de la muerte de Estrada y es sin la menor duda uno de sus grandes ensayos. Tan sólo transcribamos el inicio para comprender quién era este amigo de don Alfonso: “El que comprende a unos y a otros, y a todos puede conciliarlos; el que trabaja por muchos y para muchos sin que se le sienta esforzarse; el que da el consejo oportuno; el que no se ofusca antes las inevitables

desigualdades de los hombres, y les ayuda, en cambio, a aprovechar sus virtudes; el fuerte sin violencia ni cólera; el risueño sin complacencias equívocas; el puntual sin exigencias incómodas; el que estudia el pasado con precisiones de técnico, vive en el presente con agilidad y sin jactancia, y provoca la llegada del provenir entre precavido y confiado; el último que pierde la cabeza en el naufragio, el primero en organizar el salvamento –tal era Genaro Estrada, gran mexicano de nuestro tiempo a quien todos podían atreverse a llamar ‘el Gordo’”.

El año de 1938 iniciaba y *Repertorio Americano* publicó de Alfonso Reyes, “Giner de los Ríos”, correspondiente al capítulo XVII, de los *Cartones de Madrid*, y ahora incluido en *Las vísperas de España*, edición de Sur, Buenos Aires, 1937. ¿Por qué don Joaquín escogió este artículo? Sin lugar a dudas por lo que significaba para España que estaba ensangrentada. Seguramente porque coincidía con su propia vida y su labor educativa, laica, cívica. Seguramente porque quedó convencido de lo que Reyes escribió: “Ni siquiera faltó sublevarse, como a un buen santo español. Después de ganar una cátedra en la Universidad, renuncia a ella para unirse a los perseguidos. En el éxito no se adiestran los hombres; hay que probar antes el fracaso. Y así, de uno en otro ejercicio espiritual, prueba éxitos y fracasos, acatando plenamente el sabor de la vida. Desde el sesenta y ocho, con la revolución triunfante, influye en la enseñanza pública. Era su destino, era jardinero de almas. En setenta y cinco, con la restauración monárquica, vuelve a unirse a los perseguidos, y salva –huyendo como Noé en su Arca– la cultura romántica. El ministro que lo perseguía tiene un nombre medieval y eclesiástico: Orovio. Orovio hacer encarcelar en un castillo de Cádiz a Francisco Giner, presa de la fiebre. Francisco Giner rechaza el auxilio que le ofrece Inglaterra, porque ‘el gobierno español sabe lo que hace’. Orovio flaquea: el santo es excarcelado, pero se le destituye de su cátedra. Vuelve el santo a Madrid: funda la Institución Libre de Enseñanza”¹⁷⁰.

170 Alfonso Reyes. *Giner de los Ríos*. En *Repertorio Americano*. Semanario de Cultura Hispánica, San José, año XIX, número 833, tomo XXXI, número 1,

Repertorio Americano publicó asimismo en este año de 1938, la carta que Reyes le envió a García Monge, 11 de enero de 1938, a propósito del “fino apunte” de José Attolini, “Manuel José Othón y su soledad”, así como la reproducción de parte del artículo de Jesús Zavala, sobre el *Epistolario de Manuel José Othón*, según consta en la revista, de 6 de noviembre del año anterior. Carta en donde le confesaba que desde su infancia mantenía un “culto literario” por Othón, “primero por la íntima amistad que lo unió” a su padre, “y luego por gusto y convencimiento propio”. Además, le aseguró, que el poeta potosino era “uno de los más altos aunque menos conocidos poetas de nuestra

sábado 8 de enero de 1938. También de *Las vísperas de España*, *Repertorio Americano* publicó esta parte: “La invasión napoleónica, que hizo sacar a España el pecho, llevaba a todas partes la expansión de las ideas nuevas. Y aun lo que tuvo de mera violencia militar fue fecundo, en Goya por ejemplo, produciendo un alumbramiento acelerado de visiones terribles. Pronto las ideas nuevas hicieron presa en los espíritus selectos. La gran mayoría intelectual se inclinó hacia Francia. Las nuevas ideas habían precedido, como una atmósfera, el avance de las águilas napoleónicas y habían ganado, de años atrás, a las clases culturales de Europa. Unos pocos encontraron dentro de sí mismos recursos suficientes para distinguir el problema nacional a una parte, y a otras las simpatías ideales. El vigor de un espíritu se mide por la capacidad para establecer entre las ideas la misma distancia que media entre los hechos a que tales ideas corresponden. No todos contaban con este poder ‘discriminatorio’, que es uno de los más seductores privilegios de la inteligencia. Muchos se confundieron; y entre las seducciones revolucionarias y la abominación del absolutismo, acaso el sentido nacional sufrió ofuscaciones. Otros, finalmente, aunque distinguían con toda nitidez lo uno y lo otro, arriesgaron la partida política; querían, para España, las libertades francesas, y con una vaga confianza en la mecánica de la sociedad –que no siempre es compatible con la estricta prudencia– aceptaron la invasión a cambio de la emancipación” (Alfonso Reyes, “Equidistancia”, en *Repertorio Americano*. Semanario de Cultura Hispánica, San José, año XIX, número 830, tomo XXXIV, número 22, sábado, 1937, p. 345).

América” (*Repertorio Americano*, tomo XIX, n. 835, tomo XXXV, n.3, 1938).

El 18 de febrero de 1938 murió Leopoldo Lugones. Luis Cardoza y Aragón, guatemalteco radicado en México, era encargado de la página literaria del domingo, de *El Nacional*. Como supo que Reyes había llegado de Argentina se dirigió a él para que “le diera una cuartilla, unas líneas”. Las quería para el martes 22, a más tardar. (Correspondencia entre Luis Cardoza y Aragón y Alfonso Reyes. 1930-1958. (2002) *El mar en una nuez*. compilación, presentación y notas de Alberto Enríquez Perea, México, Breve Fondo Editorial/CONACULTA/FONCA: 33.) El artículo apareció el 27 de febrero y lo reprodujo inmediatamente *Repertorio Americano*. Engalana la página un espléndido grabado del escritor recientemente fallecido, hecho por F. Amiguetti, fechado en Buenos Aires, 1932. Con el propósito de recordar al escritor argentino, el mexicano escribió: “Este altivo criollo, que no dejaba de contemplar España con recelo de caudillo insurgente, incorpora con nuevo acento, por su misma robustez verbal, las tradiciones clásicas peninsulares, en *El libro fiel* y otros libros” (*Repertorio Americano*, tomo XXXV, n. 8, 1938).

La vida de Reyes en 1938 es verdaderamente azarosa. Llegó de Buenos Aires a México. Estuvo varios meses esperando que lo llamara el gobierno de México para una nueva misión, y nada. Se puso a escribir. A recibir a los amigos que empezaban a llegar por los problemas derivados de la mal llamada guerra civil española. Por fin a mediados de año llegó una propuesta: ir al Brasil a vender petróleo mexicano ex-

propiado el 18 de marzo a las compañías extranjeras. Salió nuevamente del país, cumplió su cometido y regresó a México para quedarse definitivamente. Sin embargo, antes de pisar suelo mexicano sucedió lo siguiente.

El 24 de enero de 1939, a las 11:20 de la noche, ocurrió en Chile uno de los movimientos telúricos más fuertes de los que hasta ese momento se hubiera registrado en la historia del mundo: 7.8 grados en la escala de Richter y de 11 grados en la escala de Mercalli. De las poblaciones más afectadas, Chillán casi desaparece. El rescate se complicó por la distancia y la hora. El número de fallecidos dijeron que llegó a los 30 mil. Este hecho hizo que Reyes reflexionara y recordara que hacía mucho tiempo este país se solidarizó con México. Ya en la capital de la república mexicana empezó a escribir el artículo “México y Chile. Una deuda histórica”, que se publicó en el diario *El Nacional*, 4 de marzo de 1939, y se lo envió a don Joaquín para que apareciera en las páginas de *Repertorio Americano*, como sucedió.

En este artículo, Reyes recordaba aquel período de lucha de México que, “entre la locura y la violencia, uno de los bandos” se jugó “la última carta: la apelación al brazo extranjero, que siempre se paga y siempre se pagará, lo mismo ayer, que hoy y que mañana, con *sangre de nuestros corazones*”. ¡Qué terrible verdad y con cuánta facilidad u olvido deliberado los gobiernos y también los pueblos no quieren acordarse de este principio político!

La intervención extranjera en México estremeció las tierras al sur de América hasta

llegar a Chile. Y se imagina Reyes que, “Tal vez arranca con el puñetazo iracundo en la mesa de la taberna; se derrama en las discusiones; entra en las casas de familia; ya cunde en gritos por la calle; se explica en discursos por los teatros y parlamentos; acumula grupos de resistencia patriótica; funda sociedades –Las Uniones Americanas– ganglios neurálgicos de nuestras repúblicas heridas–; colecta fondos y auxilios para los hospitales de sangre; recluta voluntarios que sienten, como en carne propia, la artera puñalada sobre el dorso de México. Y llega un momento en que todos los chilenos, jóvenes y ancianos, mujeres y niños, militares y civiles, médicos y poetas, ricos y pobres parecen decirnos desde las lejanías del Pacífico austral: –Estamos con vosotros; vuestro dolor nos duele, y vuestra victoria será nuestra”.

El movimiento de solidaridad surgió desde las entrañas del pueblo de Chile. La encabezó la Sociedad de la Unión Americana que animaba y concentraba “todos estos movimientos de la opinión pública”. La inspiraba el poeta Guillermo Matta y la preside el héroe de Concha Rayada, de Chacabuco y de Maipú y sostenedor de la independencia del Perú, general Juan Gregorio de Las-Heras. Y Pedro Godoy sacrificó “una parte de sus comodidades en alivio de nuestro pueblo”. El “contagio mexicanista”, nos relata Reyes, invadió las grandes ciudades chilenas y llegó “hasta los últimos rincones de la montaña” donde llovían “las ofertas de voluntarios o las contribuciones para ayudar a la patria mexicana afligida”.

Esta solidaridad chilena con la patria mexicana provocaba una vez más los

sentimientos de unidad americana. Esta solidaridad resucitaba “la inmensa sombra de Bolívar” y abría “paso [a] la idea de la Grande América”, que de tal modo se adueñaba de las “voluntades, que el gobernador de Quillota, funda, al margen del Aconcagua, Puratimim, el pueblo que se ha de llamar *Unión Americana*”. Así pues, “mientras por una parte la invasión de México suscita aquí y allá focos de indignación, por otra parte avanza la idea unionista, que aprovecha y organiza esas excitaciones del momento. Miembros destrozados e intentos rotos a los pies de la Utopía, corre por ellos como cinta de fuego el entusiasmo por la defensa mexicana”. Todo este recuento que Reyes hizo tiene un fondo humano y por el esta experiencia chilena lo obligó a decir y a escribir: “Es hora de que se sepa, se diga y se repita. La catástrofe de Chile ha conmovido a México. No hemos permanecido indiferentes ante el desastre de la república hermana, y en varias formas hemos acudido a las víctimas del terremoto. La ocasión parecía oportuna para recordar esta deuda histórica, que siempre nos unirá con Chile” (*Repertorio Americano*, tomo XXXVI, n. 14, 1939: 211).

Estos eran también los días en que los dos amigos seguían preocupados por la suerte de la España republicana y cada uno en su trinchera hacía todo lo que estaba a su alcance para apoyar esa causa. En abril de 1939 los amigos se escribieron. Reyes estaba afligido por lo que sucedía en el mundo. García Monge intentaba consolarlo. Aunque admitía: “en verdad, anda mal la humanidad”. Estaban viendo “cosas que no hubiésemos querido. Pero había que hacerle frente a las nuevas situaciones.

Lo de España no debemos descuidarlo un momento”. Había que seguir luchando por ella y “seguir agrupados los fieles amigos de España, americanos y españoles, ponernos de acuerdo y en donde estemos alzar los nuevos estandartes. En eso estoy, atento a lo que oigo y entiendo, por todos los horizontes. Como decía el viejo Sarmiento, debemos, al menos dar fe de que estamos en nuestro puesto”.

Por eso le dolía que no le hubiera mandado el artículo “El llanto de España”. Lo iba a reproducir tomándolo de la revista *Futuro*, revista importantísima dirigida por Vicente Lombardo Toledano, líder indiscutible del movimiento obrero y fundador de una de las más grandes agrupaciones de trabajadores, la Confederación de Trabajadores de México (CTM). Pero en su carta le dijo que el artículo había sido mutilado; y así no lo quería reproducir. Por lo que le solicitaba una *copia fiel* y le aseguraba que saldría íntegro, tal como se la mandara. Y para terminar con este asunto, don Joaquín le dijo que hicieran de *Repertorio Americano* “una verdadera tribuna del pensamiento libre en América, mientras haya gobierno que nos deje imprimirlo”. Lo invitaba, pues, a mandarle “la entendida copia. Vuelva a su habitual serenidad y siga escribiendo; usted es una de las voces de América” (Carta de Joaquín García Monge a Alfonso Reyes. San José, Costa Rica. 25 de abril de 1939, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 964).

El sábado 7 de junio de 1939 se publicó en *Repertorio Americano* “El llanto de España”, artículo que no se encuentra en los 26 tomos que conforman sus *Obras completas* ni tampoco en las antologías que tienen que ver con su obra en España. El último párrafo del artículo es admirable: “España no ha sido del todo acompañada en sus luchas por las repúblicas hermanas de América. ¿La causa? La misma: el pavor de la revolución social. Que sea, al menos, acompañada en su duelo por la reverencia para sus héroes y a sus víctimas. ‘Es que hay vencedores’, -oigo decir. ¡Ay! que entren en su corazón los vencedores, en la intimidad insobornable de su conciencia, y digan al mundo si ésta es la victoria que apetecían. Frente a sus ojos, en la devastación de aquel vergel que era España, se extienden la llanuras ‘encanecidas de huesos’, como en la llorosa palabra de Quevedo; y se oyen venir, a la espalda, las botas implacables: ¡Oh, vencedores de siniestros agujeros, devolvednos, devolvednos a España!” (*Repertorio Americano*, tomo XXXVI, n. 15, 1939: 232).

La suerte de España les interesaba a estos dos americanos porque lo sabían muy bien, era la suerte del mundo y la suerte de América. América era su vida, por eso vivían, por eso levantaban los estandartes, para eso estaban en sus respectivos puestos, para seguir luchando por lo que ellos creían era una de las causas de su vida: la suerte de América.

Ajusco, Coyoacán, 30 de agosto de 2009